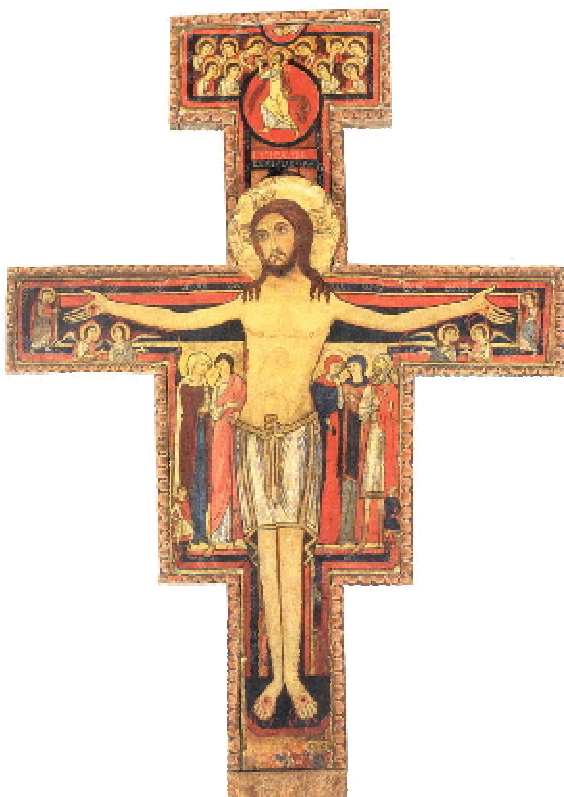


EL CRISTO DE SAN DAMIÁN



DESCRIPCIÓN DEL ICONO

El crucifijo de San Damián es un icono que fue pintado poco después del 1100. Obra de un artista desconocido del valle de la Umbría, se inspira en el estilo románico y en la iconografía oriental. Quiere hacer visible lo invisible. Quiere adentrarnos, en el misterio de Dios.

El de San Damián es el crucifijo más difundido del mundo. Un tesoro para la familia franciscana. A lo largo de los siglos, muchos hermanos y hermanas se han postrado ante éste, implorando luz para cumplir su misión en la Iglesia.

Tras de ellos, incorporémonos a la mirada de Francisco y Clara. Escuchémosle. Dirijámonos a él con las mismas palabras de Francisco:

**«Sumo, glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi corazón y dame
fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta,
sentido y conocimiento, Señor,
para cumplir tu santo y verdadero mandamiento»**

Mirándolo, descubrimos la figura central: Cristo. Es el personaje más importante. Destaca sobre el fondo: sólo Él, está repleto de luz. Resalta sobre los demás. Tras sus brazos y sus pies, el color negro simboliza la tumba vacía.

Su cuerpo irradia claridad y viene a iluminarnos. Recordemos sus palabras: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). Cuánta razón tenía Francisco diciendo: «Glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón».

Estamos ante un Cristo inspirado en el evangelio de san Juan. Es el Cristo Luz, sin tensiones ni dolor, está de pie sobre la Cruz. No pende de ella. Su cabeza no está tocada con una corona de espinas; sino que lleva una corona de Gloria.

Nos hallamos al otro lado de la realidad histórica, de la corona de espinas que existió algunas horas y de los sufrimientos que le valieron la corona de Gloria. Mirándole, pensamos en su muerte y sus dolores: la sangre, los clavos, la llaga del costado; y, sin embargo, estamos allende la muerte. Contemplamos al Cristo glorioso, viviente. ¿No nos recuerda que todos nuestros sufrimientos, un día, serán transformados en gloria?

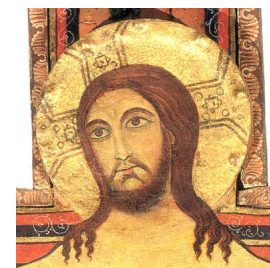
Cristo denota también donación, abandono confiado en el Padre. Dice en el evangelio de Juan: «Yo doy mi vida. Nadie me la quita; Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 10,17-18; 15,13). He aquí al Cristo que se entrega. Parece ofrecerse ¿No nos invita a seguir sus huellas, a entregarnos nosotros también, a dar la propia vida?

Es también un Cristo que acoge al mundo. Tiene sus brazos extendidos, como queriendo abrazarlo. Sus manos están también abiertas hacia arriba, invitándonos a mirar, más allá de nosotros, en dirección al cielo. ¿No están abiertas también para ayudarnos, para sostener nuestros pasos y levantarnos tras nuestras caídas?

El rostro de Cristo

El rostro de Cristo es un rostro sereno, sosegado. En el mundo de la Gloria, ya no hace falta la palabra. Basta con ver, con mirar, con amar.

Tiene los ojos muy abiertos. Miran a través nuestro a todos los hombres y mujeres. Su mirada envuelve a quienes están cerca y le contemplan. Estamos ante Cristo viviente, lleno de serenidad y de gloria.



La parte superior del icono

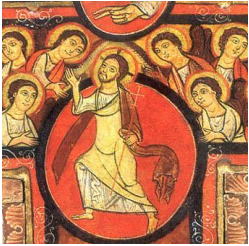
Por encima de la cabeza de Cristo hay una inscripción sobre una línea roja y otra negra, con las palabras: «Jesús Nazareno, el Rey de los judíos». Este texto nos

remite al evangelio de Juan. Los otros evangelistas dicen: «Jesús, el Rey de los judíos». *Nazareno* es el recuerdo de la vida pobre, escondida y laboriosa de Jesús. Jesús trabajó con sus manos. El que está en la gloria, el que es toda Luz, pasó por la pobreza de Nazaret, por el trabajo humano.

Encima, en el círculo, el Cristo de la Ascensión. Abandona el sepulcro, representado en la oscuridad que cerca al círculo. Va hacia el Padre.

El círculo, es símbolo de perfección, de plenitud. Pero la perfección y plenitud humanas no pueden abarcar a Cristo. Cristo rebasa toda plenitud. Por eso está su rostro por encima del círculo.

El semicírculo del ápice de la cruz



Este círculo simboliza al Padre. El Padre, conocido por lo que Cristo nos ha revelado de Él, sigue siendo, como dice Francisco, el incognoscible, el insondable. Por eso vemos sólo un semicírculo, la otra mitad, nadie la conoce. Es el misterio de Dios, incomprensible para nosotros hoy. En el semicírculo, la mano del Padre que envía a su Hijo al mundo y, a la vez, lo recibe en la gloria.

Los brazos de la cruz

Bajo cada mano y antebrazo de Cristo hay dos ángeles. La sangre de las llagas se derrama por el brazo sobre los personajes situados más abajo. Todos son salvados. En los extremos de los brazos de la cruz, dos personajes parecen llegar. Señalan con la mano el sepulcro vacío, simbolizado por la oscuridad de detrás de los brazos de Cristo: ¿No serán las mujeres que llegan al sepulcro y a quienes los dos ángeles les muestran a Cristo Glorioso?

A los lados de Cristo



A la derecha de Cristo están María y Juan. Juan está al lado mismo de Cristo, como en la Cena. María, grave el rostro, está serena: ningún rastro exagerado de dolor; es la serenidad de la creyente que espera confiada al pie de la cruz. Acerca su mano izquierda al mentón. Este gesto significa dolor, asombro, reflexión. Con la mano derecha señala a Cristo. Juan hace el mismo gesto y mira a María preguntándole el sentido de los hechos.

¿No entendió así Francisco el cometido de María? ¿Y nosotros le reconocemos a María su verdadero papel de enseñarnos a conocer a Cristo?

Al flanco izquierdo de Cristo hay tres personajes: dos mujeres y un hombre. María Magdalena y María, la madre de Santiago: las dos mujeres que llegaron primero al sepulcro. Con la mano izquierda en el mentón, María Magdalena manifiesta su dolor, en tanto que la otra María, le apunta con la mano a Jesús resucitado, invitándola a no encerrarse en su sufrimiento.

Junto a las dos mujeres, el centurión romano que estuvo frente a Cristo y, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 14,39). Es el modelo de todos los creyentes. Por encima del hombro izquierdo del centurión romano, una cabeza pequeña, y detrás, como un eco, otras cabezas. ¿No será la multitud, todos los creyentes que venimos a contemplar a Cristo para entrar en su misterio y reavivar nuestra fe?

A los pies de María, un soldado. Mira y sostiene en la mano la lanza que le abrió el costado.

A los pies de Cristo

En el pie de la cruz, hay dos personajes: Pedro, con una llave, y Pablo. La sangre de las llagas se difunde

sobre ellos y los purifica. Sobre Pedro, a media altura frente a la pierna izquierda de Cristo, un gallo en actitud desafiante. Evoca la negación, la de Pedro y las nuestras. Es el símbolo, igualmente, del alba nueva. Saluda con su canto los primeros rayos del sol y nos invita a todos a salir del sueño para adentrarnos en la luz de Jesús resucitado.

El Cristo de San Damián, contiene una asombrosa densidad teológica. En él encontramos la evocación del Misterio Trinitario y la plenitud de Cristo, encarnado, muerto y resucitado. Unido a los suyos en el cielo por la Ascensión, sigue permanentemente vuelto hacia nosotros. Su Misión es salvarnos a todos. Estamos ante el Misterio Pascual total.

Cristo no está solo sobre la cruz. Está en medio de un pueblo, simbolizado en los personajes que lo rodean y atestiguan su resurrección. Hoy, también, sigue vivo en medio de su Iglesia. Invita, a quienes le contemplamos, a ser sus testigos.

Clara miró e interrogó con detención este crucifijo muchas veces. Y se le convirtió en camino que la condujo a la contemplación de su Señor.

Clara, además, siempre se dejó educar por cuanto veía (la creación, los leprosos, sus hermanas...). ¿No aprendió mucho demorando con frecuencia su mirada reposada sobre este icono?

Celano dice que este Cristo habló a Francisco. Ahora podemos comprender mejor el sentido de esta frase y dejarnos captar por Cristo, para participar también en la reconstrucción de la Iglesia, tras las huellas de Francisco y Clara.

¡Que esta meditación nos ayude a amar al Crucifijo de San Damián, a este ICONO!